

mento, a la demasiado vulgarizada hipótesis de Colón español. No perdamos tiempo en ella...» (¡Antes morol!).

Luego añade: «Parece difícil decir donde pudo aprender Colón este español deficiente, que ya escribía antes de establecerse en España. Sabemos poco de su juventud. Todas las noticias que de él nos dió, o dieron sus allegados, obedecen a una necesidad de simulación para poseer Colón, dignamente, el cargo de Almirante, necesita suponer estudios en la Universidad de Pavía, que nunca hizo; necesita hazañas marítimas, que nunca realizó, al servicio del Rey Renato de Anjou, o del Almirante francés Coulon el Mozo... Como la raposa borra su rastro con el rabo, así Colón quiso borrar su juventud...»

¿Por qué entonces vamos a creerle a pies juntillas, Sr. Pidal, cuando asegura que es genovés, (casualmente entonces los mejores marinos), en vez de gallego semijudío, y por tanto de raza proscrita en aquella época? ¿No le parece que la «necesidad de simulación» le era más necesaria en su origen que en nada?

«En cuanto al italiano —prosigue el Sr. Pidal— Colón no lo usa en ninguno de sus muchos relatos y documentos. A su patria Génova (?) escribe siempre en español; por ejemplo al Oficio de San Georgí, o a Nicolo Oderigo, empleando un tono íntimo e insertando un refrán español. De igual modo al padre Gorrício de Novara; que vivía en Sevilla y publicaba obras piadosas en latín, Colón le escribe continuamente en español.»

¿Qué explicación cabe dar a este otro hecho extraño? Pregunta preocupadísimo, el Sr. Menéndez Pidal, en la página 23 de su magnífico, aunque involuntario alegato a favor de la tesis patriótica de Colón—español.

Lo extraño, lo rarísimo es que sus propios argumentos no le convengan, como habrán convencido a la mayoría de sus lectores...; aunque no hayan leído ni una sola página de las ya citadas obras españolas y americanas, que rebaten punto por punto, y con éxito completo, la tesis italiana, de un Colombo tejedor de paños de padres a hijos que, súbitamente inspirado, se transforma en un intrépido marino y se lanza a desafiar las ignotas furias del Mar Tenebroso, con un puñado de arrojados videntes como él; que no todos seguramente habían nacido en Génova... ni los monarcas que los protegieron, tampoco, por supuesto.

Asunto es este que aunque no pueda alterar en nada la magnitud e importancia universal de la asombrosa gesta (española y no latina), debiera ser aclarado aunque pesen sobre él cinco siglos de prejuicios y enseñanzas escolares, sobre la deleznable base de sospechosos documentos, y genealogismos más o menos inventados y hasta de lo que la elegante pluma del Sr. Menéndez Pidal ha bautizado de «necesidades de simulación», del propio Almirante.

ALGUNAS DIVAGACIONES ACERCA DE LA JUVENTUD Y LA AMISTAD

NOSOTROS—mas cada día—discrepamos hasta lo inconciliable, consiguiendo, cuando esto ocurre, neutralizarnos de tal modo que acabamos por hacer del plural sustantivo un singular ambiguo. Pero... Aclaremos: Al decir *nosotros* ha de entenderse que se habla de *Juan el estudiante* y *Roque el de las coplas* refundidos en la firma que cierra estas divagaciones. Ello es indispensable que lo sepa el lector al hacerle saber que tales discrepancias han llegado a ser continuas, venenosas y tanto más graves cuanto que ni Juan puede separarse de Roque ni Roque puede desprenderse de Juan; que nada puede hacer, pensar ni sentir cada uno de ellos que pase inadvertido para el otro, ni hay modo de eludir mutuas ingerencias en lo que de cada uno es privativo. Ambos, cada uno a su modo, tienen pujos de literato (adolecen de ese vicio), escriben *cosas* y—aunque mal avenidos casi siempre—han venido colaborando hasta ahora, lo cual, por lo dicho, va ya resultando sumamente difícil. Es claro que si llega a hacerse imposible, se acabó. Juan y Roque se habrán hundido en el mismo hoyo, el mismo día y a la misma hora. La agarrada postrera ha sido de órdago. Toda la noche se la han pasado discutiendo de la manera arbitraria, desorbitada e incoherente que va a evidenciarse.

ESCENA UNICA

Juan y Roque se hallan postrados en el mullido lecho. La alcoba está completamente a oscuras. Ha sonado el kikirikí de media noche.

JUAN.—(Sacando la barba del embozo). Ya leíste lo que nos dice Salustiano. Creo que se nos está haciendo viejo. Se enfurruña con la gente joven y gruñe de la amistad. Hemos de ver de atenuar su pesimismo exaltando la Amistad y la Juventud. Discurre algo. Es un tema bonito. ¿Me oyes?

ROQUE.—(Arropándose hasta la coronilla) ¡Vete al guano y déjame dormir! ¡Valientes tipos, Salustiano y tú!

JUAN.—(Sacando la barba un poco más). ¿Qué hay de Salustiano? ¡Un camarada que a los catorce lustros baila la raspera que es un primor y entiende eso de la pelota como un árbitro de campanillas! ¿No te da vergüenza negarte a que

le demos ánimos ahora que parece deprimido y desesperanzado?

ROQUE.—(*Repitiendo la faena de antes*). ¡Me estás dando la noche, Juanito! Deja eso para otra ocasión. ¡Déjame dormir!

JUAN.—(*Descubriendo hasta el hombro*). El que se ha puesto insoportable e irritable como un mico anciano, eres tú. ¡Tú, el soñador, el idealista, el poeta! «¡Déjame dormir!» «¡Déjame dormir!» ¡Mentecato! Es en el silencio de la noche, en la tibieza propicia del lecho, cuando surgen las grandes ideas. A dormir se acuestan los gañanes, los comilones y los borrachos. Pero tú no tienes derecho a dormir como un bruto cuando se trata de divagar acerca de la juventud, que es lo más bello de la vida y de la amistad, que es lo más puro del amor. ¿Me oyes, Roque? Tú no eres tan tonto como pareces. Algunas veces se te notan ciertos atisbos de sentido común. Entre el lamentable fárrago de tus coplas dicen que hay algunas muy majas y en ocasiones, aunque muy raras no estás exento de originalidad. ¡Vamos, hombre! Sugíereme algo. Estoy decidido a tratar del asunto y tú estas obligado a ayudarme. ¡Atiende, por favor!

ROQUE.—¡Oye, Juan, me encocoras! Pero ya que no puedes dejarme en paz, voy a serte franco: Lo que yo te pudiera sugerir en este caso no te serviría para ponerlo en letras de molde. Creo que Salustiano se enfada demasiado poco con la juventud (la de ahora, se entiende). Y en cuanto a la amistad... vamos a dejarlo. Allá tú con esas monsergas. Que te diviertas con tus divagaciones. ¡He dicho!

JUAN.—¡Acabáramos! Ahora empiezo a comprender tu deprimente abulia, tus rabietas y tus incongruencias de estos últimos años... ¡Desgraciado! Te has hecho viejo, irremisiblemente viejo. Tu inhibición no es sino esa impotencia que deja al descubierto lo más repudiable de la vejez cuando la vejez es innoble. La negra envidia, el despecho, la pesadumbre del rencor que es para ti como una reunión amarga. Ahora empiezo a identificarte como la sola causa de mis males pasados y presentes. ¡Pobre de mí! Yo sabía que eres un ente inculto y estafalarío, pero lo atribuía a nuestro mal de origen y te disculpaba... Creía que eras en el fondo un infeliz y apechugaba con tus inconsecuencias, con tus impertinencias y tus extravagancias. Bien sabía yo que ellas me cerraban muchas puertas que habría hallado abiertas de par en par. Pero creía de buena fe que obrabas con lealtad, que todo consistía simplemente en que habías nacido inquieto e insensato como otros nacen cautos y juiciosos. Y transigía. «El no tiene la culpa de haber nacido así»—me decía yo—. «Ya vendrán los años a meterlo en cintura». «Estos fulanos alocados y pampirolescos acaban por sentar la cabeza y son luego excelentes personas...

Mucho mejores que los otros». «Esperemos». ¡Esperanza de mi corazón! ¿Te das cuenta? El resultado está a la vista: Eres una birria, sigo siendo un mero estudiante y estamos al cabo de la resbaladera... ¡Ay, Roque, me has hecho cisco!

Juan coge «una perra» de las de aupa. Sus sollozos hacen temblar el catre y sus lágrimas, empapan la almohada y las sábanas.

ROQUE.—(*Incorporándose en el lecho*). ¡Por Dios, Juanito, a donde vamos a parar! Sacas de quicio exageradamente las cosas. Me insultas, me calumnias de un modo aborrecible. Pero no te lo tomo en cuenta. ¡Te quiero, Juanito, serénate! Yo tendré mis murrias, mis rarezas, mis inconveniencias, pero nada de maldad. Lo que pasa es que, aunque nacidos en el mismo momento sin habernos separado ni un instante (y ya ha llovido) tú sigues siendo un muchacho sin malicia y sólo yo he asimilado la experiencia de nuestras malandanzas. Este me lleva a formar de la Humanidad, en conjunto y en casi todos los detalles, un concepto muy poco apto para ser hecho público. ¿Es esto vejez? Lo será. No discutamos. Hablemos de la juventud y de la amistad. Procuraré ponerme a tono. Empecemos.

JUAN.—(*Que ha ido calmándose mientras Roque se explica*). ¡Te has hecho viejo, Roque, te has hecho viejo! Mixtificas las cosas, las subjetivas, las desfiguras. La Humanidad, en lo fundamental, no ha variado desde mucho antes de que destetaran al tatarabuelo de nuestro bisabuelo y la juventud, como la primavera, trae siempre rosas aunque traiga también algún que otro cardo borriquero; pero tampoco difiere en lo fundamental de la de antaño. Yo sí lo sé es porque honesta y modestamente me he dedicado a estudiar, que es como se da en el cómo y el porqué de las cosas. Tú, en cambio, te has pasado la vida contemplando las musarañas, que esa es tu decantada experiencia, y como el reloj no ha cesado de andar, tus ripios no se cotizan y la disnea nos da sus malos ratos, todo lo ves desde un prisma sombrío. Pero, no lo dudes, Roque. La juventud es hermosa, la Amistad sublime. Salustiano no es que maldiga la juventud, se duele de que sea presuntuosa, despiadada, irreverente. No es que niegue ni reniegue de la amistad, se lamenta de que no sea desinteresada ni constante.

ROQUE.—Bien, Juanito, no quiero contrariarte. No disputemos. Se te ha metido entre ceja y ceja enjañar una tabarra acerca de todo eso y no veo manera de evitarlo, pues sé lo terco que eres. Hablemos de ello. Escucha: Se puede hacer un trabajito muy cuco. Consultemos enciclopedias, tomemos

nota de autores de nombres raros interpretando a nuestro modo algo de lo que digan. Citemos tíos extranjeros acoplando frases más o menos fielmente, intercalando, como sea, algo de inglés, de alemán, de sueco... No van a aprendernos Cansinos Assens, Astrana Marín, ni ningún otro por el estilo. Traigamos a cuento a esos amigos nuestros de Broonklín, Berlín y Helsingfors. ¿Comprendes? Combinemos todo eso con algo de nuestra cosecha, repasémoslo, corriámoslo bien y a publicarlo se ha dicho. No lo entenderá nadie. El que intente leerlo se dormirá probablemente, pero no faltará alguno que diga que hemos puesto el mingó. ¿Te conviene?

JUAN.—¡Roque... ¿Quieres que te diga una cosa?

ROQUE.—Di lo que sea.

JUAN.—Que me horrorizas. ¡No te digo más!

ROQUE.—¡Hombre! Lo que te apunto es muy de uso corriente y practicándolo se especializa uno hasta adquirir tono y empaque. Te apuesto lo que quieras a que fabricamos dos o tres cosas de esas y con un poquito de meneo subterráneo nos ponen en las nubes.

JUAN.—Dejemos eso, Roque. ¡Que Dios te perdone tus malos pensamientos! Lo que yo me propongo es más honrado y, desde luego, mucho más sencillo. Tú enfocas la cuestión desde el punto de vista de la diatriba o el galimatías. A mí me guía un anhelo de claridad y de conciliación. Por otra parte, el amigo Salustiano no extrema las cosas. Se duele como sabes de lo que llamaremos subjetividad estrafalaria de la juventud y muy especialmente de lo que él humorísticamente denomina *epidemia de intelectualismo juvenil*, a lo que yo le quiero argüir que veo en ello un buen síntoma, por demás esperanzador e interesante. Hay que considerar que la verdadera juventud (no hablemos de los *jóvenes viejos*) es irreflexiva, impetuosa, irreverente, y, cuando es sincera y está imbuída por una vehemente ansia de horizontes, desdeña a los viejos, a los viejos que se estacionaron a base de capillitas y plataformas. Y es bien que así sea. Es preciso dejar a esos muchachos que bullan, que griten, incluso que disparaten; que el que de esos gritadores tenga algo dentro ya vendrán los años y la reflexión a entrarlo en caja y volará en definitiva el que tenga alas si el azar o la vida misma no lo malogran, que en las del intelecto como en toda pugna hay postergados y caídos. En todo caso, fuerza es tener en cuenta que, de los jóvenes, el que realmente vale y estudia sabe pronto mucho más que los viejos, por la sencilla razón de que estudiando los libros adquiere la cultura acumulada hasta ahora, estudiando a los viejos aprende lo que los viejos saben y como luego tiene por delante toda una vida, si une y baraja con la cultura adquirida por esos medios lo que los

tiempos traigan y sus propias intuiciones, ni que decir tiene que alumbrará normas e ideas positivamente remozadas, más perfectas, más cernidas, más puras, ya que no totalmente nuevas... Desarruguemos, pues, el ceño, ante esa algarabía de incipientes poetas, de filósofos en canuto y de literatos en agraz que ahora sacuden la ancestral pereza intelectual de nuestras viejas urbes. Desde lo íntimo de mi ser saludo y aplaudo a esos muchachos. Querer actuar de dómines ceñudos ante esa inquietud palpitante me parece signo de impotencia. ¡Paso a la Juventud!

ROQUE.—¡No; si como abrirse paso ya se lo abren ellos, incluso a patadas y cabezazos! Esos que tú dices son los más inofensivos, los más tontos. Meros pergeñadores de greguerías, crucigramas y trabalenguas, sin entenderse a sí mismos hacen como si se entendieran entre sí, se dan cada bombo que les zumba la taravilla y banquete va, homenaje viene, se proclaman genios mutuamente y se quedan tan tranquilos después de dejar bien sentadas conclusiones tan peregrinas como la de que Espronceda fué un ignorante sin meollo y Zorrilla un versificador de tres al cuarto. Esos, casi no cuentan. Pero hay los de la pelota y similares que *día a día* hacen del *momento crucial* una batahola multitudinaria, los memoristas con cerebro atiborrado de textos dormilones, los que se aprenden un solo libro, los que invocando a Fenelón siguen a Maquiavelo, los...

JUAN.—¡Para la jaca, Roque, que te veo con la intención del miura dentro de la mentalidad del renacuajo! En lo único que tienes razón es en lo de que tus juicios son impublicables. Impublicables y repudiables. Ridiculizas a la juventud literaria de ahora que cifra la belleza inmanente en luminosas síntesis, que abomina de las ampulosas ringleras de versos y de la sucia bohemia. Hablas con despecho del deporte que es el culto de la energía y la fuerza y aludes a lo gregario queriendo zaherir lo que yo admiro como tendencia a la unidad y sentido de la disciplina. Zahieres de manera velada, pero aviesa, a la intensificación de los estudios y a la especialización. Te enrabetas, también veladamente, porque la juventud proceda con cautela y sepa que si se debe venerar a Fenelón por amor a la virtud, no se puede ignorar a Maquiavelo por espíritu de conservación. Olvidas que en la hora de ahora por encima de los mil antagonismos dispares que desde antiguo diferencian y desunen a los hombres, a las razas, a los pueblos, por encima de los sistemas que podemos llamar locales se hallan en pugna dos tendencias dispares que amenazan llegar a un choque catastrófico: Hay que sumarse a una de ellas o perecer. Tal vez la juventud de ahora tiene de un modo más o menos consciente la intuición, si es que no

la noción, de esa tremenda realidad. Por eso a mí se me antoja que ese culto de la energía y la fuerza, que ese sentido de la unidad y de la disciplina a que antes aludo es la mejor promesa de su eficacia.

ROQUE.—¿Su eficacia? Bueno. Es muy posible. Está de todo punto averiguado que la juventud de ahora se va derecha a la cesta del pan con menos contemplaciones, con menos escrúpulos que en ningún otro tiempo, no sé si por lo de la tasa o porque el mundo se ha vuelto del revés.

JUAN.—¿Del revés? ¡A ver que es eso! ¡Explicatelo!

ROQUE.—Eso quiere decir que los jóvenes se han hecho realistas y los viejos se han vuelto soñadores.

JUAN.—El que se ve desplazado suele echarse a soñar. Eso, en cierto sentido, es impotencia aunque afortunadamente, hay *viejos jóvenes*. Cada época tiene su signo que, como siempre, se refleja en la juventud de un modo más preciso o más vehemente. Quizá ese realismo a que aludes tiene como fuerza motriz la añoranza y el anhelo de un mundo mejor. Realismo saturado de ensueño y pronto al sacrificio que ha de lograr un claro porvenir.

ROQUE.—Eso se logra quitándole el pan de entre los dientes al prójimo y proclamando que tres más dos son treinta y dos. Eso se logra...

JUAN.—¡Basta! Dejemos esto.

ROQUE.—Vamos a dejarlo... provisionalmente.

JUAN.—Dejado para ciento y un año. Hablemos, pues, de la amistad.

ROQUE.—El hombre no tiene amigos; sólo los tiene su fortuna. Ya lo dijo Napoleón.

JUAN.—Prosigues con tus negaciones y olvidas que eso lo dijo Napoleón en Santa Elena, cuando ya era un desplazado. La verdad es que hay amigos.

ROQUE.—Esos, si no son los de nuestra fortuna, son los enemigos de nuestros enemigos. Si la fortuna desaparece o los enemigos se reconcilian, te quedas a la luna de Valencia.

JUAN.—Entonces el amigo Salustiano...

ROQUE.—¡Psch! Si a eso vamos a llamarle amistad... Salustiano es un pelana como nosotros. Nos une el espíritu de clase en lo que él tiene de calamidad intranscendente, ciertas coincidencias, cierta camaradería remota que no tuvo ocasión de discrepar. La costumbre antigua de verle venir o de ir a él como va el pescador de caña a la orilla del río, sin noción de la pesca, un poco por no tener donde ir y otro poco por terquedad.

JUAN.—Eres evidentemente un nuevo bicho. Empleas una jerga confusa con un cinismo y una intención abominables. Hablas venenosamente del amigo bueno de los días malos y me envuelves a mí en la calificación que tú solo mereces. Llamarte ingrato es poca cosa. No quiero evocar recuer-

dos tristes, pero no sé olvidar que ese amigo fué de los que nos acudieron cuando todos nos abandonaban, nos consoló en nuestras tribulaciones, nos ayudó a salir a flote en cuanto estubo a su alcance, nunca nos pidió nada... ¡Ten memoria!

ROQUE.—No; si yo no digo que Salustiano sea una mala persona. Lo que digo es que, si vas a analizar debidamente las cosas, has de caer en la cuenta de que cuanto hizo por nosotros fué por esa afinidad de que te he hablado... aunque acaso lo hubiese hecho igual por el tendero de la esquina. El es así de tonto.

JUAN.—¡Bendito sea Dios! De la misma madera que se fabrican esos tontos salen los verdaderos amigos. Y de esos hay muchos más de lo que tú te figuras.

ROQUE.—Esos se cuentan con los dedos de una sola mano hasta en Nueva York... y sobran dedos. Pero, por si acaso, no los pongas demasiado a prueba. Y no ahondemos. Porque, si vamos a tirar a arreglarnos, amigos hay muchos, de muchas clases y para todos los gustos: Amigos de ocasión que —pasada— si te ví no me acuerdo. Amigos de la calle y amigos de la visita de cumplido, por aquello del bien parecer o del mal decir. Amigos de los que surgen como por un escotillón cuando te ves en candelero y que desaparecen sin saber cómo ni por dónde en cuanto te viene la contraria. Amigos de boquilla, siempre dispuestos a utilizarte y hasta capaces de ofrecerte la luna, pero a los que nunca encuentras por parte alguna cuando los necesitas. Amigos que piden, los cuales no son los peores, pues aunque no puedas contar con su gratitud tienen la justificación de su necesidad. Enemigos camuflados de amigo que van a buscarte el punto débil para arrearte el estacazo a mansalva y escondiendo el bulto, por si las moscas... Por haber hay hasta amigos que te regalan cosas, que esa es una de las modalidades del chantage, o del «dou dex» que viene a ser lo mismo. Pero, desengáñate, la amistad es una palabra de alcance puramente convencional. Un engañoso. Sería cosa de contar y no acabar. Pero ahora estoy agotado. No puedo más. ¡Ten compasión de mí!

Roque se desquijara en un fenomenal bostezo y seguidamente se arropa hasta la coronilla. Una leve claridad se filtra en a modo de rayitas tenues por las maderas del balcón. Es el alba precursora del día. Juan siente que le va invadiendo un leve sopor que se diluye en un desfile de imprecisas imágenes, de recuerdos lejanos... Roque se ha dormido profundamente. Juan sueña... La vida no es buena ni mala sino como nosotros mismos llegamos a forjarla. La felicidad y la desgracia, si bien se mira, no residen fuera de nosotros. La juventud es adorable siempre por-

que es la inexperiencia candorosa, porque es la esperanza florida, la radiante ilusión, la alegría jovial, el ímpetu generoso, la risa franca, la belleza sin mácula, atributo supremo de los dioses. Y la Amistad... ¡Oh, la Amistad! Como en un calidoscopio mágico, en el melancólico ensueño de Juan aparece aquel Damón, prototipo de amigos, que supo conmover el alma tenebrosa del sanguinario tirano de Siracusa... surgen como reminiscencias sin ilación de distintos momentos de la vida, de días de lucha, de duda, de amargura, de desamparo, en todos los cuales aparece el amigo que, como de un enviado de Dios, si no le trajo la lámpara de Aladino fué Cirineo que supo aliviarse del peso de su cruz. ¿Amigos de circunstancias? Bueno. ¿Amigos tan tontos como este Salustiano que le ayudó, según Roque, como podía haber ayudado al tendero de la esquina? ¡Bendito de Dios! Si todos los hombres fuesen así, en la Humanidad entera se habría entronizado para siempre el verdadero reinado de Jesucristo.

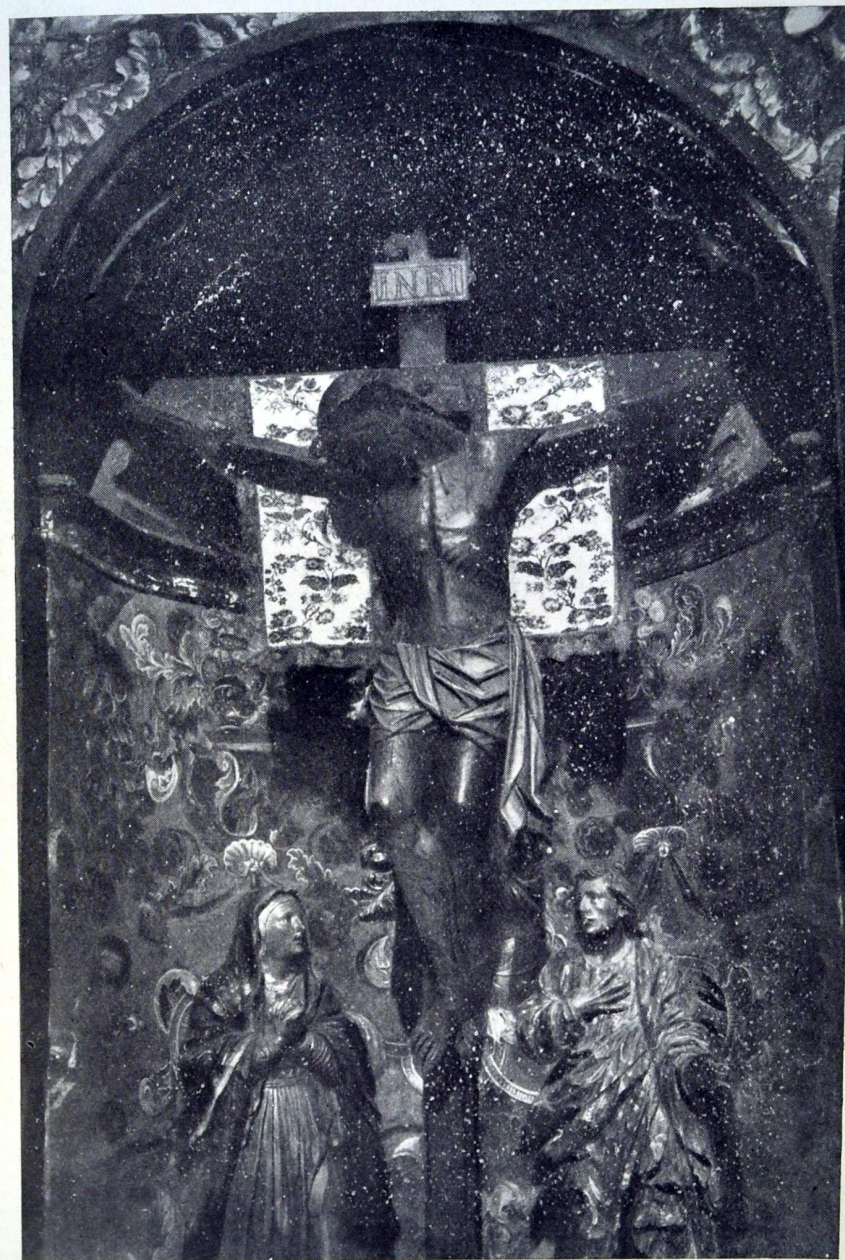
JUAN LUIS CORDERO



IDEARIO EXTREMENO

Contar de antiguos la flor—es patraña,—porque en Francia ni Alemania—los que en Castilla no hallo;—antes para comparallo—nunca saldría de España.—¡Pues qué locura tamaño—do caemos!—Que por más loar queremos—regírnos por los pasados,—teniendo tan señalados—los que delante tenemos.

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO



ALBUM EXTREMEÑO.—«Calvario». Talla de la iglesia de San Pedro, de Garrovillas